



Martín Caparrós
Ojos que no ven



MARTÍN CAPARRÓS

Ojos que no ven

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Martín Caparrós, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14723-2026
ISBN: 979-13-88019-92-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Y tendrás que saber la verdad
antes que la verdad te sepa
a mierda.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO,
1873-1927

I

–Yo me voy para allá.

–Pero, Talanca, ¿qué carajo vas a hacer vos en medio de ese kilombo?

–Yo qué sé qué voy a hacer, Rivarola, ya veremos. Yo lo único que sé es que con todo esto que está pasando allá yo no puedo quedarme acá. No puedo, ¿me entendés? No puedo.

Jordi Señorans tiene la voz resbaladiza y la nariz muy roja, los ojitos ranuras, el cuello de la camisaabierto, la corbata caída y el aspecto general de un náufrago esperando que nadie lo rescate.

–No puedo, Pibe, yo no puedo...

Dice, casi lloroso, y levanta la mano para llamar al mozo: huele a rayos, sudor y alcoholes, tabaco más que rancio.

–Ya me escapé una vez, cuando era un crío; ahora no puedo volver a escaparme.

Dice Seño y me cuenta –nunca me había contado– que se fue de Barcelona porque lo buscaban, en el año 8, que andaba complicado: que no tenía 20 años y estaba con un grupo de anarquistas que habían hecho unas cagadas gruesas, dice, un par de bombas y se tuvo que ir.

–Y acá llevo casi treinta años haciéndome el gil, el gilipollas, pero ya no puedo más, ya está, ya basta. Es la hora de volver a mi lugar.

Dice, y vuelve a reclamar a un mozo que insiste en no mirarlo. Yo trato de decirle que lo deje, que si quiere lo acompaño

hasta su casa pero que deje de chupar, que le va a dar algo, y él me contesta con la lógica imparable del borracho:

—¿A mí me va a dar algo? A mis camaradas les va a dar algo, una guerra les va a dar, me entendés, una guerra. ¿Qué es una copita más comparada con los cañones de esos hijos de mil putas mal paridos delincuentes fascistas cobardes asesinos?

Dice, buscando el adjetivo que lo salve. No son horas para estar borracho: las cinco, cinco y algo, martes sin remedio. El Tortoni se va llenando poco a poco: las mesitas de mármol redondo sobre pies de hierro, las paredes tan llenas de espejos, las arañas, el vapor de una tarde de invierno. Oficinistas aburridos llegan en busca del vermú que los redima de un día más y más de uno nos mira, dice algo: somos un circo sin leones. Un cuarentón bien puesto, traje tres piezas, el pelo oscuro engominado, nos señala y se ríe. Señorans lo ve y le grita que por qué no se va a reír de su putísima madre, hijo de puta. El cuarentón se le va al humo, yo trato de pararlo, gente se junta alrededor, alguno nos separa.

—¡Fascista, hijo de mil pares de putas!

Sigue gritándole Señorans y el tipo arremete de nuevo, me alcanza con una piña desvaída en la oreja derecha, grita algún halago. Por suerte alguien lo frena, lo convence de ir a sentarse: el tumulto se deshace entre rumores.

—¡Vete a tomar por culo, fascista, plutócrata, lacayo!

Insiste Señorans, y las palabras se le despellejan. Llevamos años así, tiempos difíciles: tiempos en que los nervios están a flor de piel, en que todos se pelean todo el tiempo por cualquier cosa o por ninguna cosa. No sé si será la crisis, la sequía, las ilusiones que se pierden: cada vez se hace más duro vivir en Buenos Aires, en la tensión del odio, la pelea permanente. Y ahora encima con esto de España...

Una hora antes yo empezaba a armar una nota improvisada sobre el aumento de las detenciones por contrabando en las islas del Tigre, una de esas historias que cambiarían el rumbo de la historia, cuando apareció, agitado, Raúl González Tuñón, poeta de fuste y, sin embargo, compañero de Señorans en internacionales:

—Rivarola, capaz que vos podés tranquilizarlo. Está como una cabra.

—¿De qué me hablás, Raúl?

Tuñón sonrió, sacó un atado de Hontanares —yo no sabía que él también fumaba Hontanares—, me ofreció uno, me pidió disculpas:

—Tenés razón, disculpame. Es que estuve un par de horas con él y ya no sé qué más hacer. Es tu amigo Seño, está en el Tortoní chupando como un descosido desde la mañana, no para de tomar. Está hecho mierda.

Yo me asusté, me imaginé lo peor: Inés lo habría dejado. Sería lógico: nunca nadie entendió cómo lo pudo soportar más de tres días —y ya llevan años.

—Y yo tengo que volver a laburar, con todo el lío de la guerra en España...

—¿Ya lo llamás guerra, Raúl? Yo pensé que era una chirinada, cuatro generales delirantes.

—Es una guerra, che, es una guerra. Los tipos estos ya ocuparon la mitad...

—¡¿La mitad de España?!

—¿Vos estás siguiendo lo que pasa, Rivarola?

Yo no quise decirle que no: no tengo por qué darle explicaciones. Pero él sí quiere dárme las: que los rebeldes ya controlan Galicia y parte del País Vasco y Castilla y Aragón y Extremadura y Andalucía, y todo eso en semanas y siguen avanzando, que el gobierno legal casi no tiene tropas propias para defenderse y que tardaron en entregarle armas al pueblo y que la situación es complicada, muy complicada, y que encima los demás fascistas ya se están metiendo:

–Mussolini está mandando tropas y aviones. Y Hitler seguramente va a mandar también...

–Bueno, pero Inglaterra y Francia van a salir a defender al gobierno legal.

–Sí, junto con Papá Noel y los tres Reyes Magos.

El martes 18 de agosto de 1936, tras un mes de sublevación militar, España estaba dividida en dos y peleaba con unanimidad. Y fusilaba, también, con denuedo: alcaldes republicanos, oficiales golpistas, oficiales leales, curas, monjas, militantes sindicales, falangistas, algún conde.

–Lo que ya sabemos es que, con suerte, esto va a durar. Si no dura es que la ganan los fascistas. La única esperanza es aguantar, a ver si se da vuelta.

Me dijo Raúl, poeta comunista, y me insistió en que fuera a rescatar a su amigo anarquista, mi amigo Señorans: la guerra hace milagros.

–Si lo pudieras ir a buscar... O por lo menos a hacerle compañía, que no termine mal...

Me dijo, y yo le dije que bajaba en un rato, que primero tenía que cerrar esa nota, pero él me apuró:

–Si no vas ya mismo va a terminar muy mal, Rivarola, disculpame que insista.

A mí, de pronto, me dio mucha vergüenza que alguien tuviera que decirme dos veces que me ocupara de mi amigo.

–Gracias, Pibe, me salvaste la vida.

–No digas boludeces, Señor. A vos no hay quien te salve.

–No, en serio, me salvaste. ¿No viste cómo se me venía encima ese fascista? Si no lo parabas vaya a saber lo que me hacía...

Me dice, y yo le busco la sonrisa, la ironía habitual, pero no hay: se le ha disuelto en el alcohol. Por más que lleva como treinta años en Argentina –y quince o veinte en el diario– Jordi

Señorans nunca ha perdido ni el acento ni la melancolía. Ya pesa casi cien kilos, y sus pelos castaños le ralean feroces pero a veces, en algunas sonrisas, sigue siendo un muchacho ilusionado.

—¿No te das cuenta de que me tengo que ir para allá lo antes posible? Me he pasado la vida esperando este momento, coño, no me lo voy a perder. ¿No viste que los nuestros ahora gobiernan Cataluña? Están haciendo la revolución, y yo aquí como un idiota...

Señorans deja caer su cabeza sobre su antebrazo apoyado en la mesita de mármol redondo. La mole se sacude: está llorando.

—Como un idiota, Pibe, un verdadero idiota...

Yo no puedo aguantarlo y llamo al mozo:

—Manuel, traenos dos ginebras.

—¿Y si te las vas a buscar tú?

Me dice Manolo, tan gallego, tan amable siempre, tan grosero de pronto.

—¿Qué pasa, Manuel?

—Nada, qué va a pasar, los rojos. Nada, ahora te las traigo.

Dice, y se da media vuelta. El Tortoni es tumulto, mármoles y espejos: alguna vez me gustaría saber quién fue el que decidió que el lujo actual son mármoles y espejos, dos superficies tan pulidas.

Que es un idiota, que tiene que volver a pelear, que cuando se enteró del levantamiento de los fascistas creyó que era una tontería y en cuatro días los iban a fusilar a todos y que recién ahora se está dando cuenta de que esto puede ir para largo y que hay que unir todos los esfuerzos para impedir que ganen y que él sabe que es un viejo de cuarenta y tantos pero que ya se escapó una vez y no puede volver a escaparse y que seguro que algo puede hacer, que algún lugar le van a encontrar los

camaradas, que la revolución lo llama y que es un idiota y que tiene que volver y que cuando se enteró del levantamiento de los fascistas creyó que era una tontería...

—Si no voy nunca más me voy a poder mirar en el espejo, Andrés, me voy a perder el poco respeto que me tengo.

Yo le digo que claro, que lo entiendo pero que igual ahora no tiene por qué decidir nada, que se vaya a su casa, que duerma unas horas y que después lo vuelva a pensar todo más tranquilo: que ahora no está en condiciones.

—No es una cuestión de condiciones, Pibe. Por supuesto que no estoy en condiciones, pero no tengo nada que pensar. Aquí no se trata de pensar, ya está, si es blanco y en botella es leche, qué va a ser. De vez en cuando, muy de vez en cuando, te toca una de esas cosas que no es necesario ni pensarlas: yo tengo que ir a pelear por lo que creo. Ya está, no se hable más.

Dice, puñetazo en la mesa, e intenta levantarse. No es fácil: titubea, se vence, se deshace en la silla.

—Ya vas a ver, Rivarola, no te creas que no puedo.

Dice, y no está claro si habla de ir a pelear a Cataluña o de pararse. Al fin tras mucha lucha consigo levantarlo, lo arropo como puedo, salimos a la calle, paro un taxi: ya oscurece, llovizna, frío que pela. Lo siento en la parte de atrás del Chevrolet y le digo al taxista que lo lleve a Paraguay 2631, Paraguay y Pueyrredón, su casa. El chofer me mira con ese aire de reproche que suelen intentar los que tienen mucho que reprocharse, y yo no le hago caso. Rivarola sigue murmurando algo sobre un idiota y los fascistas y los camaradas; el taxi arranca. Entonces —recién entonces— me acuerdo de que tenía una nota que entregar, y salgo disparado.

—¡Rivarola!

La voz de mi querido, mi admirado, mi irrefutable jefe don Guillermo González Galuzzi puede ser, a veces, un trueno en el desierto: ahora es una tormenta entera.

—¡Rivarola y la reputa madre que te parió!

Su grito hace el silencio; en diez o veinte escritorios diez o veinte manos dejan de teclear, diez o veinte cabezas se dan vuelta, se regodean, se preparan para el espectáculo. La redacción de *Crítica*, el gran diario argentino, es muy golosa de espectáculos. Yo me acerco sinuoso, flancito a su puesto de mando: Galuzzi tiene la cara de los grandes momentos, león que se relame aunque sea un león de un metro sesenta —incluyendo los zapatos elevantor:

—¿Dónde mierda te habías metido, Rivarola?

Grita de nuevo, la voz ronca, y me asalta un segundo de zozobra —que quizá dure más—: no sé si contestarle con la estúpida verdad o inventar una misión ultra pluscuam cuasi secreta para justificar mi injustificable defección. Tras la fracción imperceptible me decido por la verdad: no por ninguna consideración ética, ojalá; sólo porque no consigo inventar nada.

—Nada, jefe, disculpe. Tuve que bajar a buscar a Señorans, el de internacionales, que tuvo un problema.

—Ya sé quién es Señorans, Rivarola, bien que lo sé, y que yo sepa vos no sos su niñera, ¿no? ¿O sí, te nombraron y yo no me

enteré? ¿Quién te nombró, la internacional anarquista, don Natalio Botana, la sociedad protectora de animales?

Su despliegue me tranquiliza. Se ve que está disfrutando de la atención del público y pretende lucirse, agregar algún renglón a su leyenda, un ladrillito al monumento. En esos casos, en general, no termina de ser tan dañino: trata de ser hiriente, mordiente, despreciativo pero justo. Perro que ladra, dicen.

—¿Y no pensaste, antes de aceptar el nombramiento, que acá te pagan por escribir cuentitos de terror para señoras muertas? ¿Que acá te estábamos esperando con los brazos más abiertos que tu ojete, pedazo de alcornoque?

La guarangada lo delata: mi jefe no está en su mejor día. Le pido disculpas, le prometo que no se va a repetir, inicio el movimiento de retirada a mi escritorio —que fracasa lamentablemente:

—¡Rivarola! Cuando haya terminado te lo digo, te mando flores y un cura para que te entierre.

—Sí, jefe, qué más necesita.

—Necesito que salgas ya mismo a trabajar, Rivarola. Trabajar, ¿sabés cómo se hace? ¿O cómo se escribe, por lo menos? Por eso te estaba esperando ¿o qué creías? ¿Que te extrañaba por tus lindas trenzas? Ya mismo, Rivarola, ya mismo.

Dice, y mira un papel y lee en voz alta pero no tan alta, como para que su público no oiga:

—Sarmiento 1641. Ya, corriendo, que hay una muerte que puede funcionar.

Cuando paso a su lado, Dorrego me manda una mirada de supuesta solidaridad que disimula mal su gozo. Las diez o veinte caras se dan vuelta, retoman sus ocupaciones: el show se ha terminado —y nadie aplaude.

A veces me confunde: no sé si las improvisa o las practica, si las pule paciente o las lanza al natural, si se da cuenta incluso

de que dice lo que dice. «Una muerte que puede funcionar» es un hallazgo digno de alguno de esos poetas maquinistas que estuvieron de moda hace unos años. O lo sería, quizá, en otro contexto: al final, como decía tan bien mi examigo Bernabé Ferreyra, todo depende de que encuentres tu lugar en la cancha.

La muerte que podía funcionar ha conseguido, por ahora, atraer a media docena de policías y varias docenas de curiosos a la puerta de ese edificio de la calle Sarmiento. Es una construcción moderna, cinco o seis pisos, 1920 como mucho, uno de esos edificios afrancesados tan comunes en el centro porteño, muy parecido a mi antigua pensión –que está muy cerca, cuatro o cinco cuadras. Los policías van de policías, sus gorras y uniformes; los curiosos van de curiosos, multiformes. Los policías se aburren tanto como los curiosos pero tienen la ventaja moral de que les pagan: cuando estás perdiendo el tiempo siempre es bueno que haya alguien que te garpe por hacerlo. Y por mojarte: la garúa sigue inundando veredas y sombreros. El mío está chorreando. Ya hace rato que cayó la noche –invierno en Buenos Aires– y el frío no se rinde.

–¡Rivarola, Rivarola!

–¿Qué, otra vez el viejo te mandó a chupar sangre antes de que se seque?

–Bueno, vos sabés cómo es.

Juan Kosinsky, el nuevo del año pasado, ya está bastante acomodado en la sección pero Galuzzi todavía no lo deja agarrar solo los casos importantes, las muertes que pueden funcionar. Así que, mientras me esperaba, lo mandó para que fuera averiguando cosas y me las pasara a mí, el experimentado, el viejo lobo. Es un honor –dudoso. Hay algo gracioso en todo esto: yo, el periodista. Y hay, también, algo que me da cierta vergüenza.

—Sí, Juan, lo siento. Es cuestión de aguantar un poco más y...

—No te calientes, Andrés, yo estoy tranquilo.

Ya cumplidos los cumplidos pertinentes, Kosinsky me informa breve del asunto: hace un rato, no más de una hora o dos, una señora que vino a limpiar el quinto C se encontró con su patrona muerta.

—¿Muerta cómo, Juan, qué te dijeron?

—Muerta como muerta, Andrés, no me dijeron más. Que estaba muerta, con bastante sangre alrededor, muy bien vestida.

—O sea que algo más sí te dijeron.

—Bueno, y lo que no te dije todavía.

Dice Juan Kosinsky, la cara rubita y pecosa y el pelo rubito y pecoso y todo él rubito y pecoso, tan pendejo para ser tan adulto y comunista. Kosinsky debe tener ya como 26 o 27 años pero parece 12; eso no le impide, por supuesto, como me lo ha demostrado varias veces, ser un militante empedernido y un jodón discreto.

—Era una vidente, Andrés, Madama Ducarré decía que se llamaba. Imaginate, una vidente, una de esas que te ven el futuro.

—Y sin duda se le nubló la vista.

—No jodás, che, con la pobre muerta.

—¿Y con qué querés que joda, comunista?

Kosinsky pone cara de susto, mira alrededor. No están los tiempos como para decirse esos piropos en voz alta.

—Veo que llegó la prensa.

Dice, con una especie de sonrisa, una especie de sargento de la Federal llamado Hugo Di Pietro, puntal de la seccional Tercera, un barrigón de alma que me suelo cruzar por estas calles del Señor y, sobre todo, por sus arrabales. En cuan-

to algún fiambre asoma en su jurisdicción ahí estamos Di Pietro y yo, la cofradía de los diversos buitres. Es una cofradía fayuta: no nos queremos ni nos respetamos pero mantenemos una paz tensa, pura conveniencia. El sargento Di Pietro está cerca de la jubilación y, de algún modo, siempre consigue mostrar que cualquier delito que se le cruza no es más que un escollo injusto en su camino hacia esa vida de ocios y vicios que lo espera. Mientras tanto, Galuzzi le manda cada mes un sobrecito –tiene ese arreglo con oficiales o suboficiales de varias comisarías principales– y él a cambio nos pasa información: el tipo es un puntal de la prensa libre, produce mucho más que lo que cuesta.

–¿Qué decís, Di Pietro?

–A vos casi nada, Rivarola. No vaya a ser que después se lo cuenten a alguien.

En el aliento del sargento hay capas y más capas de todas las grasas, todos los alcoholes. Alientos así se exhiben en los grandes museos.

–Dale, dejate de joder. ¿Quién es la muerta?

–¿Cómo, no te lo dijo tu muchachito, acá? Qué grande, Rivarola, quién te ha visto y quién te ve. Pensar que hace dos o tres años venías a pedirnos limosna y ahora tenés un rubio que te hace los mandados.

Juan resopla, yo lo miro como para frenarlo. Estamos en la vereda de Sarmiento, por la calle pasa algún coche todavía, la garúa sigue fina pero sigue. Las luces de la calle son modestas.

–Me lo dijo, pero quiero que me lo digas vos, que lo decís tan lindo.

–Madama Ducarré. Pero no te equivoques, no, no es una madama de esas que vos pensaste. No, Rivarola, acá no vendían carne. Tenía una mercadería mucho peor: esta madama te vendía el futuro.

Yo tengo que poner cara de sorpresa y admiración; supongo que el tarado de Di Pietro llevaba un rato preparando

el chascarrillo. Si algo aprendí en estos años es que, para saber cosas, no hay nada mejor que pretender que no sabés un pomo.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Qué lujo, Rivarola, conseguir que se te quede la boca así de abierta. Nada, gil, te lo voy a explicar como para que incluso vos lo entiendas: la mina era vidente, de esas que te cuentan el futuro. Y no sé si no hablaba con los muertos. Pero eso es lo que era: una bruja de esas.

Yo acentúo un grado más la admiración y la sorpresa y, al borde del oh, le pregunto qué pasó, quién la mató, cómo fue el kilombo.

—No te aceleres, Rivarola. Sabemos que hay occisa; lo que no se sabe todavía es si hay homicida. La verdad, lo más probable es que la mina se haya matado sola.

—¿Suicidio? ¿Ya la anotaron como que fue suicidio?

Le digo, ahora sí preocupado: la policía no suele ser tan rápida para caratular una muerte dudosa. Y, sobre todo: el asesinato de una vidente puede ser una tapa; su suicidio, página siete como mucho. Dicen que el suicidio siempre es una venganza: en este caso, para empezar, la muy vidente se vengó de mí sin conocerme.

Pero hay que trabajar. El sargento me da los datos de filiación de la occisa —que todavía está en su departamento. Le pido que me deje entrar pero no hay caso. Sí me dice que se hacía llamar, en efecto, Madama Ducarré pero se llamaba Genoveva Nogueira y había nacido en Portosín, Santiago de Compostela, España, hace 34 años. Y que había llegado a la Argentina con sus padres y dos hermanos menores en 1913, a sus 10 años, y que se habían instalado en algún lugar del barrio de Boedo, seguramente un conventillo, dice —pero muy poco más: que su rastro burocrático se perdía enseguida. Y que tenía su puestito

de futuros y fiambres en ese departamento quinto C, en el living, y que vivía ahí mismo, en el único cuarto.

—Le encontró la mujer de la limpieza, una Isolina. Isolina, mirá. Dice que vino como siempre, a eso de las seis. La tal Isolina trabaja en una fonda acá a la vuelta, entonces cuando sale, tres veces por semana viene a limpiar acá. Y que entró con su llave, como siempre, y que la vio como dormida en el sillón...

—¿No puedo hablar con ella?

—Está muerta, Rivarola.

Di Pietro suelta una carcajada: se supone que los policías y los periodistas policiales debemos ser capaces de reírnos en las peores circunstancias, que eso demuestra que somos todo lo duros que debemos.

—No seas gil, Di Pietro, te digo con la mujer de la limpieza, ya sabés.

—Hoy no, che. Le tomamos declaración y la dejamos que se fuera, estaba como loca. Capaz que mañana o pasado. Es una tana, Isolina se llama, trabaja en Las Campanas, acá sobre Montevideo.

—Gracias, Di Pietro.

—Pero te puedo contar un poco más: dice que cuando entró la vio ahí sentada muy vestida, elegante, y lo primero que pensó fue que se había emborrachado y se rio: las cosas que hace la señora.

Dice el sargento y sigue, ávido; se ve que tiene miedo de no ganarse su pitanza.

—Pero dice que cuando volvió a mirarla se dio cuenta de que tenía dos charcos de sangre, uno en cada mano, y las muñecas abiertas como higos. Y que se acercó, la sacudió, pero enseguida, dijo, vio que estaba completamente muerta, dijo, dos o tres veces: completamente muerta.

Dice el sargento y me guiña un ojo y yo le guiño uno para que quede claro que nuestro arreglo sigue en pie. El tipo se lo

toma en serio: ahora me da, como con disimulo, un sobre no muy grande; adentro, si no hay sorpresa, debe haber una foto de la occisa.

—Y la mujer esta, Isolina, dijo que todo estaba en orden. Que había solamente una silla caída pero que todo el resto de la habitación estaba en orden.

Dice el sargento Di Pietro y que Isolina le contó que por supuesto pensó enseguida en llamar a la policía pero en la oficina no había teléfono y ella no se decidía a salir y dejar a su patrona así, tan sola. Entonces se pasó unos minutos allí, paralizada, boquiabierta, mirándole la boca abierta, las heridas abiertas. Al fin, contó, le dijo que esperaba que la entendiera, le pidió disculpas por dejarla y bajó a Las Campanas. Ahí pidió el teléfono y llamó a la autoridad competente. Que, en cuanto llegó, confirmó que Madama estaba muerta y que la causa inmediata de su muerte eran esas heridas que le abrían las muñecas: las formas más habituales del suicidio.

—Así que, en principio, esto lo vamos a cerrar esta noche o mañana. Ya está: pelito para la vieja y a guardar.

Ya está: pierdo toda esperanza. Y encima tengo que volver al diario, escribir, esperar, comerme las puteadas de Galuzzi.

—Dale, volvamos. Y no te calentés, Andrés. Peor están los españoles.

Me dice Kosinsky, y yo me freno justo antes de mandarlo a la concha de su madre.

Vuelvo al diario, oigo el grito, troto hasta su escritorio, le pregunto qué necesita y él me dice que no necesita nada.

—Yo no necesito nada, Rivarola. Vos necesitás sentarte en tu escritorio y terminar la nota en cuatro segundos ocho décimas. Y después vas a limpiarme el mío con la lengua, ¿me entendiste?

—Cristalino, jefe, cristalino.

—Ah, y pensá que la voy a titular «Ojos que no ven» o «La bola rota». Así que busca la historia por ahí, ¿querés?

—Lo que usted diga, jefe. Somos tan agradecidos.

Le digo, y ahora sí me puedo ir a sentar: teclear al cuete. Me paso casi media hora, avanzo poco. La nota está por la mitad y mis ganas no llegan a un cuarto. No es habitual: todavía suele gustarme averiguar lo que averiguo, escribir lo que escribo; tampoco llevo tanto tiempo de periodista como para disfrutar realmente del deporte preferido de mis compañeros: quejarse del oficio. A mí, aunque quede mal decirlo, el oficio todavía me gusta, pero hay algo en esta historia de la vidente exangüe que me molesta, y no termino de saber qué es.

La noticia va a tener, pese a todo, un lugar en la tapa, chiquita, abajo a la derecha. Jugamos con ventaja: últimamente parece como si el diario se hubiera vaciado, el país se hubiera vaciado. Después del kilombo del mes pasado, cuando le dieron el Premio Nobel de la Paz al farabute de Saavedra Lamas y todos los señores salieron a decir que era el primer sudamericano en conseguirlo y que qué honor para la Argentina, y las noticias que llegaban todos los días desde Berlín por los Juegos Olímpicos y el gran final del negro ese que se cagó en Hitler y su banda de racistas hijos de mil putas, ahora parece que no pasara nada: un país a solas con sus propias miserias, miles y miles de ñatos sin laburo, la desesperación de esa promesa que al final nunca se cumple. Así que, en medio del desierto, la adivina se consiguió su lugarcito: «La vidente que no quiso ver más», titularon, pese a las amenazas de Galuzzi, sobre unas pocas líneas resumiendo el tema y dirigiendo al lector a la página siete. Ahí, debajo de la foto, damos algunos datos sobre la pobre Madama, contamos las circunstancias del hallazgo de su cuerpo y confirmamos que «el comisario Guillermo

Kraft, a cargo de la Seccional Tercera, decidió que, sin perjuicio de posteriores averiguaciones, la muerte de la señora Genoveva Nogueira quedaría caratulada como suicidio y que, por ahora, no hay ningún dato que permita dudar de esa carátula».